

MAR-4/0036

1613620228

# CONFERENCIAS

PREDICADAS EN EL ORATORIO DE

## NTRA. SRA. DE LOS DOLORES

EN LA CUARESMA DEL AÑO 1893

por

D. ANTONIO PINET Y DURÓ,

Canónigo Lectoral.

~~~~~  
Con licencia eclesiástica.  
~~~~~

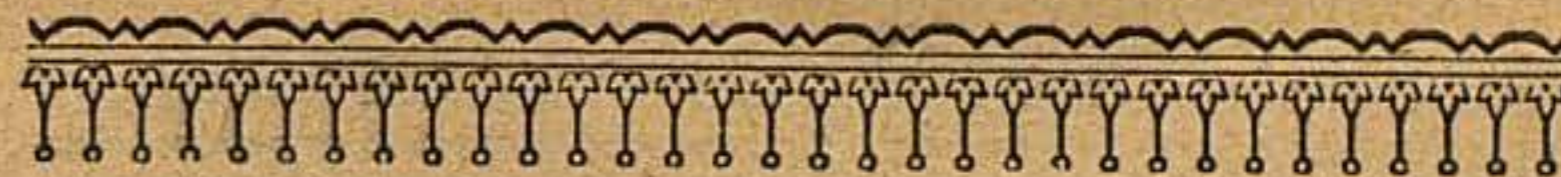
LÉRIDA

IMPRESA MARIANA  
1893.

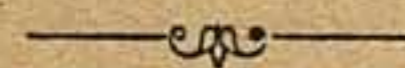
A un buen amigo D. No-  
man Sol en el día de su  
boda en santo matrimo-  
nio en Do. Dolores Naluzzi

El Autor.





## Primera Conferencia.



SEÑORES:

**L**AS últimas conferencias que en este mismo púlpito prediqué el año mil ochocientos noventa y uno, y que vosotros escuchásteis con atención y benevolencia, que todavía recuerdo con grande satisfacción de mi alma, versaron sobre el origen é historia del hombre.

Cuestiones á la verdad importantísimas; cuestiones verdaderamente trascendentales; cuestiones, que han sido objeto de largo y profundo estudio por



parte de los más preclaros talentos de la humanidad; cuestiones que se han agitado en todas las escuelas, sobre las cuáles se han escrito libros de mérito indisputable, y que se han ventilado en revistas y periódicos. No ha habido un solo hombre de genio en el mundo, desde los filósofos paganos hasta los de nuestros días, que no haya consagrado á ellas los esfuerzos de su inteligencia.

Desde la Biblia, libro el más grande, el de más vasta, profunda y saludable doctrina que ha visto el hombre, hasta los que en estos tiempos han salido de nuestras innumerables imprentas, y que han alcanzado el privilegio de llamar la atención de los sabios, todos se ocupan en el estudio y resolución de estos tremendos problemas; todos los hombres pensadores se han afanado por descubrir entre las sombras y penumbras de la historia el camino recorrido por el género humano, y encontrar el punto de partida, el origen

de este sér, que en la serenidad de su frente, y en la palma de su mano, y en la majestad de su posición revela los signos y atributos de su realeza entre los demás séres, que pueblan este planeta que habitamos.

Nada extraño es que los filósofos del paganismo, viviendo en una atmósfera formada por los densos vapores, que salían del abismo de corrupción, en que yacía aquella desgraciada sociedad, privada de los esplendores de la civilización cristiana, no pudiesen distinguir ni conocer, á favor de la débil luz de la razón, envuelta en tinieblas, las verdades que más importa al hombre conocer; cuales son las que se refieren á su origen y á su fin último.

Nada extraño es que, oscurecida, adulterada y maltrecha la revelación primitiva, hecha al hombre por Dios, y consignada más tarde por Moisés en sus inmortales libros del Pentateuco, sobre esas verdades trascendentalí-



simas, las encontremos mutiladas, desfiguradas y entre mil errores en la teología y filosofía de la India, y en sus libros sagrados, llamados Vedas; como tampoco lo es que habida cuenta de las máximas de moral, verdaderamente pura, esparcidas aquí y allá en los libros de los filósofos de la China, y aún contenidas en sus libros sagrados llamados Kings, aparezcan como sombras fugaces en el oscuro torbellino de las supersticiones populares; como tampoco lo es que semejantes verdades sufrieran profundo quebranto en el Zend-Avesta, libro sagrado de los Persas, en cuya doctrina se halla el dualismo, que despues se ha presentado bajo diversas formas en el maniqueismo antiguo y moderno.

Lo mismo debe decirse de los Zoroastros caldeos, de los Trimegistos egipcios y de los Mochus fenicios; como tambien de los Thales, Anaximandros y Anaximenes; de Pitágoras, Xenofa-

nes y Parménides; de Zenon, Leucipo y Demócrito; de Heráclito, Empedocles Protágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles; y por fin, de la Academia nueva y de la novísima.

Todo esto tiene explicación plausible en lo que llevo indicado, por más doloroso que sea ver á una gran parte, á la máxima parte de la humanidad extraviada del único camino, que la puede conducir á su dicha, que es el camino de la verdad.

Pero que despues de los inmensos haces de esplendentísima luz, que el Cristianismo ha derramado y esparcido sobre la tierra; y despues que el sol brillantísimo de la filosofía católica ha alumbrado y bañado de soberano esplendor todas las escuelas; y despues que la palabra evangélica ha resonado, de uno á otro confín, en todos los ámbitos de la tierra; ora por la elocuente voz de sus apologistas en los centros del humano saber y en las inconmen-



surables bóvedas de nuestras famosas catedrales, ora por la sencilla y encantadora de nuestros inimitables misioneros en las tribus salvajes, ya asfixiándose bajo los abrasadores rayos del astro-rey, ya quedándose yertos en las heladas estepas del Norte; que despues de diecinueve siglos de luz, claridad y esplendor nos veamos en la triste necesidad de recordar á nuestra sociedad, de enseñar y explicar á esta sociedad, que tan orgullosa se muestra de sí misma, las verdades que más importa al hombre conocer, esto, señores míos, es sobremanera lamentable y desconsolador.

Mas, ante una generación como la de nuestros días, por más que sea la generación del final del siglo diecinueve, ante una generación, como la nuestra, saturada de positivismo cruel y de glacial funesto indiferentismo, fuerza es levantar la voz, y dar vehemente soplo de vida sobre este cuerpo social, que más es muerto que vivo.

A tan noble como excelente fin vá encaminada mi humilde labor, sin tener más estímulo que el amor á la verdad y á mis prójimos, que son todos los hombres; aunque me sirve de poderoso aliento la buena acogida, que dispensásteis á mis pobres esfuerzos en los años anteriores. Permitidme, pues, invitaros con el mejor deseo de mi corazón; que si los puntos tratados son interesantes, casi me atrevo á deciros que los que me propongo desarrollar en la presente Cuaresma son de más trascendencia. Entremos, pues en materia.

---



Las enseñanzas de la fé católica sobre el origen del hombre, la certidumbre de la ciencia, y la armonía de la fe y de la ciencia positiva sobre materia de tan suprema importancia, como tambien la diferencia esencial entre el hombre y el bruto, y la distinción entre el alma y el cuerpo humano fueron objeto de mis últimas conferencias.

Sabemos lo que somos; sabemos qué es el hombre, conocemos la naturaleza del alma y tambien la del cuerpo: cuerpo material; alma espiritual y simplísimas. Sabemos de donde venimos; venimos de Dios por la creación. ¿A dónde vamos? ¿Después de esta vida que pasa, (y en esto todos estamos conformes) ha de empezar otra vida, que no pasará? O mejor; ¿nuestra alma continúa viviendo después de la muerte del cuerpo? ¿El alma sobrevive al cuerpo? ¿el alma humana es inmortal?

El cristiano, el niño que, aun en brazos de su piadosa madre, empieza

á murmurar, ó balbucir tan sólo las afectuosas plegarias, que aprende de los labios que le cubren de besos ardientes y puros, puros y ardientes como el amor de madre, responde con la mayor sencillez á esta pregunta, que trastorna, quebranta y enloquece al hombre, que tiene la desdicha de no creer y de no estudiar con serena y tranquila razón, repitiendo las palabras de nuestro credo: creo en la vida perdurable, en la vida eterna, en la vida, que no tendrá fin: *credo in vitam æternam*.

Pero nuestro siglo, que es el siglo de los grandes crímenes intelectuales, de los más enormes pecados, no sólo teológicos, sinó tambien filosóficos, que pesan sobre la humanidad, ha querido hacer tabla rasa del credo católico, empezando por el insensato ateísmo, y acabando por la negación, cruel y desconsoladora, de la vida futura.

No es el amor á la ciencia, sino el odio á la fe; no es el culto de la verdad,



sino la servidumbre del vicio; no es el respeto de la dignidad humana, sino el desprecio de la majestad divina, lo que ha inspirado y guiado la pluma y la lengua de los llamados sabios, que se han dado cita, y replegado, y reunido en el canton atrincherado de la incredulidad. Autorízanme á hablar en estos términos las mismas palabras de los porta-estandarte de la doctrina materialista. Y perdónenme los hombres de verdadera ciencia, que tan honrosamente trate al degradante materialismo.

Uno de los más acreditados jefes de la ciencia positiva, el profesor Huxley, se expresa así: «Si la fe en una vision de paz y de felicidad pudiera reposar sobre una base sólida, el género humano se adheriria á ella tan obstinadamente, como el marinero, que se ahoga, se agarra al cable de salvamento.» ¿Quién no vé que en estas palabras hay una negacion formal de la inmortalidad del alma?

Pero, ¿quién no siente palpitar en ellas la aspiración irresistible del corazón humano, que dá al nihilismo un implacable mentís? ¿Por qué, pues, experimentando duda cruel, que tortura todo su sér, predica enseñanza desconsoladora, que el mismo no abraza con sinceridad, y en la que no encuentra tranquilidad ni descanso?

Otro de los más activos propagandistas del materialismo contemporáneo, Luis Buchner, niega la inmortalidad del alma humana con brutalidad sin ejemplo. «Nosotros, dice, no podemos admitir que el alma de un individuo muerto continúe viviendo....; ha muerto para no volver jamás á la vida.» Esta misma afirmación tan escueta, tan brutal, tan horrible como una blasfemia; este aserto tan desnudo, tan descarado, tan.... iba á decir tan sin vergüenza, no lo apoya en ningun argumento, ni en dato alguno, admisible, filosòfico ni antropológico: unas cuan-



tas frases vacías y sonoras, adornadas á veces de retazos científicos, y.... nada más.

¿Es esto serio? ¿Es esto discurrir con serena imparcialidad? ¿Es esto convicción? ¿Esto es ciencia? Será todo lo que se quiera, menos ciencia verdad, y nos dá derecho á decir que no es otra cosa que erupción malsana de pésima condición cardíaca.

Oigamos, por fin, al maestro, para no multiplicar las citas dolorosas y siniestras, oigamos á Strauss. A vuelta de afirmaciones y negaciones completamente gratuitas; á vuelta de frases, muchas veces violentas, siquiera barnizadas de tinte científico, á vuelta de una lucha tenáz entre la vida y la muerte; despues de haber negado las verdades fundamentales del orden religioso, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma humana, exclama de esta manera: «la eternidad en perspectiva hace estremecer.....» ¿Con que hace

extremecer? ¿Qué especie de calofríos experimenta el patriarca del materialismo, al pensar en la eternidad, en la vida futura, en la inmortalidad del alma humana? Pues la nada no tiene virtud para tanto, ni para mucho ménos: la nada no puede infundir temor, ni respeto, ni nada: la nada carece de toda virtud. ¡Ah! si fuera franco y sincero, él nos diría lo que pasa allá en los más recónditos pliegues de su sér; pero.... yo os lo diré: es que en el fondo de su conciencia, como en la conciencia de todo hombre de sano juicio, se agita potente y vigorosa la idea de la inmortalidad.

Y no puede ménos de ser así. Existe algo en el hombre, que le distingue de todos los animales y que le dá grandísima importancia individual en medio del universo; algo que lo coloca muy por encima de la escala de todos los séres visibles; algo que tiene una esfera de acción muy superior á todos



los demás; algo que le dá cierto señorío sobre todo lo que le rodea, y que en cierta manera todo lo sujeta y ordena: ese algo es el espíritu; espíritu consciente de sí mismo, espíritu dotado de libertad. Por su cuerpo el hombre pertenece á la materia, y se pierde en la especie; pero la naturaleza no absorbe toda su vida. Por su conciencia se comprende á sí mismo, y analiza frente á frente todo cuanto no es él: es.... una personalidad que se determina libremente, que se determina hasta forzando á la naturaleza y á sus impulsos y atracciones.

El hombre en su cuerpo mortal vive de una vida, que tiene su raíz fuera de la naturaleza, y que ni las fuerzas de la misma naturaleza, ni los órganos corporales pueden explicar; su cuerpo es un instrumento; pero él, él vive por sí mismo, él lleva en sí un mundo, que le pertenece en propiedad, el mundo de sus ideas y el imperio de sus pensa-

mientos; y cuando llega el momento de la separación, cuando el instrumento se rompe, esto es, la muerte; el artista, el hombre, el dueño no se rompe con él, ni para ello existe razón, porque el espíritu puede proseguir, aún después de separado del organismo corporal, su vida independiente y subsistente.

Precisamente porque posee una vida, que á él solo pertenece, la vida del pensamiento, puede desplegar una actividad, cuya propiedad es suya y de nadie más, y cuya independencia es tan lata, que está enteramente desprendida de la cooperación del cuerpo: en una palabra, y dicho con toda claridad: como el pensamiento y la libertad no necesitan de este organismo durante esta vida, tampoco en el más allá de la muerte del cuerpo tienen necesidad de él. El alma, pues, tiene ser, vida y actividad con absoluta independencia del cuerpo; puede indudablemente sobrevivir á él.



Por otra parte, ¿por qué el alma había de perecer con el cuerpo? ¿Perece, por ventura el objeto constante de su pensamiento y de su libertad? Nó, este no perecerá jamás. Porque este objeto, señores, no es la naturaleza sensible, sino algo que pertenece á un mundo supresensible; este objeto no es lo individual, lo concreto, lo contingente, lo perecedero, todo esto es objeto de la sensibilidad; el objeto del pensamiento son las ideas universales, necesarias, eternas; es decir, todo el imperio de lo verdadero y de lo bueno. Esto existía ántes del mundo visible, esto existe á pesar de todos los cambios y mutilaciones terrestres y permanecerá inmutable é invariable. El cuerpo puede morir, pero estos principios eternos no morirán nunca, y por lo mismo no morirá el alma, de la cuál son objeto, alimento y elemento. Los sentidos, que no perciben más que lo mortal, mueren; el alma, que percibe lo inmortal,

no debe morir; porque, como dice el gran filósofo cristiano, San Atanasio, el alma no piensa en lo inmortal, sino porque ella es inmortal. (1)

La convicción de mi inmortalidad nace en mí, dice el poeta Goethe, de la idea que tengo de mi actividad; que puesto que yo trabajo hasta el fin, la naturaleza está obligada á indicarme otra forma de existencia, cuando la actual sea impotente para sostener mi espíritu.

El alma humana es realmente inmortal: el alma humana vivirá siempre.

Pero hay más todavía; es que no sólo lleva en sí misma la idea de la inmortalidad, la idea de una vida eterna, sinó que también el deseo. Sí; el alma aspira hácia la vida eterna con un profundo, poderoso y vehemente deseo. Tanto es así, que el hombre no arranca, no puede arrancar nunca esta idea

---

(1) C. Gent. c. XXXI.



de su mente, la lleva siempre en lo más hondo de su sér, y le sugiere inextinguibles deseos.

¿Y dónde habría encontrado el alma la idea de la inmortalidad? ¿Dónde habría concebido ni su pensamiento ni su deseo? Indudablemente es la misma naturaleza la que le designa y señala con la mano la inmortalidad; y la naturaleza no engaña nunca. El pensamiento de la inmortalidad es algo más que un voto aislado y que un deseo caprichoso; es como la rúbrica universal y perpétua de la humanidad en todos los tiempos, en todos los lugares y en todas las condiciones.

Oid un ejemplo y un raciocinio del conocido Fechner: «Un día, dice, estaba yo leyendo como la larva del escarabajo se construye un capullo mayor que lo que, al parecer, necesita su cuerpo, con el objeto de que los cuernecillos que han de salirle tengan espacio donde estar, y me dije: ¿Quién ha advertido á

la larva del escarabajo de su vida futura y de sus cuernecillos por venir? ¿Y quién puede creer que el mismo Hacedor que ha creado al hombre y al escarabajo, dándole á éste el instinto de una verdad por venir, se haya complacido en legar al hombre una mentira? Luego esta fé que impulsa al hombre á disponer y regular su vida en la expectación de otra vida por venir, se desarrolla en él tan naturalmente como el instinto en el gérmen del escarabajo, siendo tan necesario para el desarrollo completo de la humanidad, como el instinto al del insecto.»

Escuchad por fin, al más santo de los sabios y más sabio de los santos, al ángel de las escuelas, Sto. Tomás de Aquino:

«La naturaleza no ha hecho nada en vano, y no existe un solo sér inteligente, que no aspire á la duración personal de su existencia..... Los que no conocen sinó el momento presente, á él limitan su deseo, y no piensan si-



quiera en una existencia perpétuamente durable; pero los que, por el contrario, tienen conocimiento de una vida imperecedera, aspiran necesariamente á ella, y es imposible que cesen de existir jamás.»

Negar, pues la inmortalidad del alma es amordazar y dar un mentís á la voz más íntima y más vigorosa de la conciencia humana. Porque esta vida futura es tan innegable, que la conciencia podrá vislumbrarla, ora con vehementísimo deseo, ora con terror; pero nunca podrá ni apartar los ojos de ella, ni olvidarla.

«No concibo, dice Labruyére, que un alma á quien Dios ha querido inundar de la idea de su sér infinito y soberanamente perfecto, pueda ser aniquilada (1).

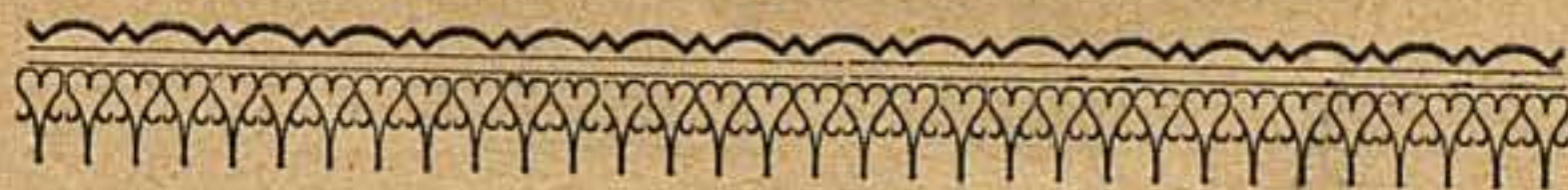
Basta: la metafísica, la lógica de la vida, la psicología, la conciencia hu-

---

(1) Carad. XVI.

mana proclaman la inmortalidad de nuestra alma: la ciencia verdadera acorde con la fé cristiana, con el testimonio de la conciencia, con las aspiraciones naturales de nuestro espíritu y con la voz de la misma naturaleza enseña esta verdad trascendentalísima, consuelo del corazón creyente, y pesadilla insoportable del grosero materialismo.





## Segunda Conferencia.



**L**A inmortalidad del alma humana; que nuestra alma sobrevivirá al cuerpo; que nuestra alma no ha de morir, ni perecerá nunca: hé aquí, señores míos, una de las verdades fundamentales del orden religioso, que en la conferencia anterior, siguiendo las enseñanzas de la fé católica, y llamando á contribución las certidumbres de la ciencia verdadera, procuré demostraros con los argumentos verdaderamente convincentes é irrefutables, que nos suministra la sana filosofía.



La inmortalidad del alma humana: esto enseña la fé: esto certifica la ciencia; esto acredita y confirma el testimonio del género humano: el alma humana es inmortal; este es el grito, que sale espontáneamente del fondo de la conciencia de la humanidad, en Oriente como en Occidente, en el Norte como en el Mediodía. El docto y erudito decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Rennes, Enrique Martin, en su excelente libro titulado. «*La vida futura segun la fe y la razon,*» hace un estudio minucioso y detallado del sentir de los pueblos sobre este punto importantísimo para la vida del hombre; y demuestra invisiblemente que los Cananeos, los Caldeos, los Persas, los Indios, los Chinos, los Escitas, los antiguos Bretones, los Galos, los Griegos, los Romanos y aún los salvajes han creído en todos tiempos en la inmortalidad del alma; y en esta tradicion universal, más que en sus demostraciones,

Platón, Cicerón y los otros filósofos fundaban su creencia en la vida futura: el alma humana es inmortal; esta es la voz de la naturaleza, y la naturaleza no engaña.

Tan firme, tan arraigado, tan profundo, tan indeleblemente grabado se halla el sentimiento de la inmortalidad en el corazón humano; tan imposible es arrancar esa idea de la humana inteligencia, que el mismo materialismo, no pudiendo sustraerse á su influencia avasalladora, ha inventado, en su insensatez y loco desvarío, una inmortalidad. Pero ¿que inmortalidad, señores, que inmortalidad? ¿Sabéis cuál es? Oid, y pasmaos: ¡la inmortalidad de la materia! ¡Dios mio! ¡De lo que es capaz la razón del hombre extraviado! ¡De lo que es capaz el hombre impulsado por el aguijón de la soberbia! ¡La inmortalidad de la materia! ¿Hase visto cosa más ridícula, idea más extravagante, absurdo más despreciable? ¡Tanta ver-



dad es que un abismo llama á otro abismo! ¡La inmortalidad de la materia! Lo menos que puede decirse de esta palabra, que más parece un grito de desesperación, es que es una palabra vacía de sentido. Porque, donde no hay vida como en la materia inerte; ¿qué significa morir? ¿qué significa sobrevivir? ¿qué significa ser mortal é inmortal? No son más que absurdos.

Demos un paso más; entremos en la vida práctica; representémonos á un partidario de esa ridícula y absurda inmortalidad de la materia inerte junto á un amigo suyo, á quien la muerte, fria é impasible, acaba de arrebatár una persona muy querida de su corazón, y para prodigar consuelo á aquella alma sumida en honda pena, le habla en estos términos, que son los términos de su escuela: «¿por qué llorais? No lloreis la muerte de aquel sér tan amado: ese sér, por una serie indefinida de cambios y metamórfosis, orgánico ó inor-

gánico, quizá hombre, alcanzará la inmortalidad. ¡Qué consuelo, señores míos! ¡Qué dulce esperanza infunde semejante lenguaje! ¡Qué suavidad derrama sobre el corazón afligido! Lo mismo, exactamente lo mismo puede decirse de los perros. ¿Y eso se llama filosofía? ¿Y eso se anuncia, y se pregona, y se predica con el pomposo nombre de ciencia? Parece imposible que hombres, respetables por su claro talento y penetrante ingenio, hayan empleado las preciosas energías de su inteligencia en remover y organizar tamaño cúmulo de absurdos, que pugnan abiertamente con la razón, con el sentido íntimo, y con la tradición constante de todos los pueblos y de todos los hombres de todas clases y condiciones; quienes de la dura y fria losa, que cubre los restos mortales de las personas queridas han visto brotar un rayo de luz, á favor de la cuál vislumbran una región de vida más allá de la tumba, la región de la



eternidad: aquello no es filosofía del alma, ni mucho ménos filosofía del corazón; es desconocimiento completo, ignorancia crasa ó maliciosa del alma humana, y tambien del humano corazón.

Ahora comprenderéis cuanta verdad encierra aquella profunda frase de la Sagrada Escritura: «Dios no es el Dios de los muertos, sinó de los vivos;» y es el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, aun despues de haber salido éstos del desierto de la terrenal peregrinación.

¿Qué es nuestra alma? Nuestra alma es el espejo de la belleza infinita de Dios, la imágen de su excelencia sin límites, el trasunto de su sabiduría, de su poder y de su amor. ¿Y es posible imaginar siquiera que Dios se complazca en un inmenso calvario de espíritus aniquilados por la misma omnipotencia, que los sacara de la nada con su soplo de vida, haciéndolos capaces de conocer, amar y gozar de la verdad sin

mezcla de error, y del bien exento de todo mal?

Aquí está, en esta hermosa y consoladora doctrina está el fundamento sólido, la base indestructible, el principio inmutable, la razón suficiente del vivo deseo, que todos sentimos, y que en la tierra no se vé satisfecho; de aquella aspiración que todos tenemos, y que en el mundo nunca se vé cumplida; el deseo y la aspiración de vivir siempre y no morir jamás.

Pues esa vida, que no tendrá fin, se presenta en su imponderable grandeza á los ojos del alma, cuando se cierran los de este cuerpo corruptible y mortal. Entónces parecerá pequeña la inmensidad de ese cielo con sus innumerables cuerpos luminosos, que ahora nos llena de asombro; y no tendrá atractivo la hermosa y bella variedad de la tierra, que ahora nos encanta; y perderán su imponente grandeza esos conjuntos de aguas, llamados mares, que ahora nos



infunden pavor; y parecerán débiles hebras de luz los rayos ardientes del astro rey, que ahora comunican calor y vida á la naturaleza; que para el alma no habrá más inmensidad, ni más hermosura, ni más grandeza, ni más luz, que la luz, la grandeza, la hermosura y la inmensidad de Dios.

¿Y en qué consistirá esa vida nueva del alma? ¿Cuál será el destino del alma humana en aquella nueva vida? Hé aquí, señores, el gran problema, verdaderamente pavoroso, el único problema digno de toda la atención y de todo el estudio del hombre, el problema á cuya resolución debiéramos consagrar todas las fuerzas de nuestra inteligencia y todas las energías de nuestra voluntad: porque se trata del destino de ultratumba, de nuestro último fin; de aquel destino, que no estará sujeto á cambios ni mudanzas; de aquel destino, que nada ni nadie podrá mejorar, ni empeorar; de aquel destino, inacce-

sible á los vaivenes del tiempo y á las veleidades de los hombres; se trata del destino inmutable, del destino eterno, de aquel destino, en el cuál hemos de ser eterna é inmutablemente felices ó desgraciados. ¡Oh eternidad! Bien dice el tristemente célebre apóstol del materialismo contemporáneo, que la eternidad en perspectiva hace estremecer.

Permitidme, amados y respetables oyentes míos, permitidme exhalar un suspiro de acerbo dolor, al contemplar á las diversas clases de nuestra sociedad agitarse vertiginosamente en persecucion de las cosas terrenas y caducas, olvidadas de su destino futuro, de ese último fin. En este tráfigo inmenso de la vida, en este revuelto y proceloso mar de ambiciones, ¿quién se acuerda del destino de su alma despues de la muerte, siquiera ésta con sus terroríficos é incesantes golpes nos advierta cuán breve siempre, cuán fugaz es esta vida? ¡Ay! El sabio consume sus días y



malbarata su salud, dedicando largas vigili-  
as á la inquisición de una verdad  
para aumentar el rico y precioso cau-  
dal de su ciencia, sin acordarse de que  
la única verdadera sabiduría consiste  
en conocer y alcanzar la Verdad esen-  
cial, fuente y origen, término y último  
fin de todas las verdades; el comercian-  
te, y el hombre de negocios tiene fija  
la mirada en sus estantes, en su tablero  
y en su caja, sin acordarse de que el  
único negocio, al que debe procurar y  
trabajar sin descanso porque sonría  
próspera fortuna, es el negocio de su  
alma: el político vá y viene, corre y  
vuela, sin darse paz ni reposo por es-  
calar los altos puestos del Estado, al-  
canzar mentidos y efímeros honores ó  
ejercer engañosa influencia en la mar-  
cha de la sociedad, sin acordarse de que  
el único puesto, el único destino, que no  
depende de la rúbrica de un ministro, ni  
del favor inconstante de las majestades  
terrenas, es el destino futuro del alma.

¡El destino!; ¡ah!, el destino futuro es  
la gran cosa del alma; á él dirige su pri-  
mera mirada el hombre, cuando abre  
sus ojos á la luz, al salir del claustro  
bendito de su madre, y á él dirige su  
última también, cuando los dedos frios  
y secos de la muerte cierran sus párp-  
dos. ¡El destino!; á él el primero y úl-  
timo movimiento, todos los movimien-  
tos de nuestra vida, que se mueve há-  
cia ese no sé qué, que toda alma en-  
trevé, que toda alma ama y quiere  
abrazar.

Fijad un momento vuestra atención  
en lo que pasa á vuestro alrededor;  
examinad los tres reinos de la natura-  
leza, mineral, vegetal y animal, y ved  
si encontrais algo, que á esto se parez-  
ca. Ved el mineral; mirad, por ejem-  
plo, aquella piedra que rueda, rueda  
obedeciendo al impulso, que la empu-  
ja: ved el vegetal; mirad aquella plan-  
ta, aquella flor que abre su cáliz para  
recibir el suave beso del cefirillo de la



mañana, que se despliega, haciendo ostentación de sus bellos colores, y esparciendo su aroma inimitable: ved el animal; mirad aquel brioso corcel, que dá un paso, y ciento, y mil, pero nada más; ni el mineral, ni el vegetal, ni el animal traspasa el límite de sus propios movimientos, no saben á donde van, no saben que tienen un término: y el animal, siquiera escojais el que más desarrollado tiene el instinto, siquiera sea el que por este desarrollo más se aproxima á la razon, no tiene ninguna noción de su fin, ninguna idea de su término, ninguna aspiración de su destino.

Pero nuestra alma, ¡ah! nuestra alma no se sujeta, no puede sujetarse al fenómeno que pasa, ni al tiempo que desaparece: ofrecedle los fenómenos más grandes y extraordinarios, los tiempos y las épocas más repletas de hazañas, de heroicidades y de epopeyas grandiosas, todo es poco; ella se sale

del presente para interrogar al porvenir.

Poned delante de ella, y elevadlos cuanto querais, los muros de las cosas visibles; acumulad en su presencia montes inaccesibles á los ojos del cuerpo, que formen una muralla, al parecer impenetrable para su escrutadora mirada; todo es en vano, porque ella se levantará, remontará el vuelo, batiendo las alas de su pensamiento y de su voluntad, se pondrá en pié sobre la materia y lo presente, y mirará lo porvenir.

Saturadla de placeres, embriagadla de gozo, coronadla de rosas, convertid, si podeis, esta tierra de miserias en un paraíso de delicias, en un oasis de placer, hasta el extremo de que llegue á parecer su pátria, todo será en vano: despues de haber apurado hasta las héces el cáliz de la alegría y goces mundanales, el corazón, todavía inquieto, más inquieto que ántes, exclamará con



amargo desengaño: no basta, no basta; y el alma, sintiendo toda la pesadumbre del destierro, gritará con toda la fuerza, de que es capaz: más léjos, más léjos, no estoy en el término, no es esta mi patria, no es este mi destino; vámonos, marchemos.

Pero, ¿á dónde vamos? ¿Cuáles nuestro término, nuestro fin, nuestro destino? ¿Cuál es el destino, que busca el alma? No le habléis de un destino, que huye y retrocede indefinidamente ante ella, como escapa de las manos la felicidad aparente; no hablemos de una marcha que no tiene fin, de un viaje que nunca debe concluir, de un camino, en que se anda siempre, sin llegar nunca, nó; porque ese no puede ser destino último: trátase de un término verdadero, de un término en que se detenga para siempre, y de donde ya no se vuelva á partir; el destino que busca es el que perfecciona totalmente la vida, y con la perfección le dá la

plenitud, y con la plenitud el reposo, y con el reposo la felicidad. Solo en la posesión de este destino podrá el alma exclamar, como el piloto que toca en la ansiada orilla de la tierra, en que siempre ha de morar: tierra, tierra; por fin llegamos, ya no iremos más léjos: porque este es el fin, y este fin ya no acabará: *finis sine fine*.

¿Y qué pretende el alma en el seno de su destino, cómo y de qué manera? ¡Ah! Vuestra ilustración lo comprende perfectamente, sin que yo os lo diga: el alma pretende abrazarse tan estrechamente y tan íntimamente como le sea posible, y adherirse con firmeza inquebrantable, para no desprenderse nunca, á dos cosas; dos cosas que se resuelven en una, que deben estar juntas, y más que juntas identificadas, de manera que no formen más que una, para que comunique á nuestro espíritu el dulcísimo é inamisible sentimiento de la felicidad completa.



¿Y qué cosa ha de ser esta? Medid todo el alcance del pensamiento, y toda la energía y ansias de la voluntad, y veréis que ha de ser lo *eterno* y lo *infinito*: eterno, como la Verdad; infinito como el Bien: lo eterno, porque está sobre el tiempo; lo infinito, porque está sobre lo concreto y limitado; lo eterno, porque ha de durar siempre, lo infinito, porque no ha de haber un más allá: lo eterno é infinito, porque no le ha de quedar al alma otra sensación, que la de una alegría, que ya no puede acabar, y la de una felicidad, que no puede agotarse.

¿No es ésta, señores míos, no es ésta la solución perfectamente racional, la única solución racional del gravísimo problema del destino futuro del alma humana? ¿No es ésta la solución, que satisface á la inteligencia y tranquiliza el corazón? ¿No es ésta la solución que no se aparta una tilde siquiera de las enseñanzas de la ciencia verdadera, y

que brota lógica y espontáneamente de los principios inconcusos de la sana filosofía, de acuerdo con la fé?

Una palabra más, y tengo la profunda convicción de que bastará para disipar y desvanecer cualquier duda, que infundadamente pueda abrigarse sobre esta verdad filosófico-religiosa.

En efecto; la verdadera metafísica quiere para el alma humana como último fin y objeto último, un objeto adecuado á toda su capacidad de ver, de amar y de gozar; pero es así que ella es capaz de ver, de amar y de gozar lo eterno é infinito; luego solo en lo eterno é infinito puede encontrar su último destino. No sé que pueda oponerse, en el terreno de la ciencia y de la buena fé, á este tan contundente como sencillo silogismo.

La lógica de la vida, aplicación de la que en este caso quizá pudiéramos llamar lógica madre, exige, como toda lógica, al fin de todo, una conclusión



última, una conclusión, que no sea, ni pueda ser premisa de ulterior consecuencia. ¿Y dónde hallaremos esta conclusión última, sinó en la verdad y bien esencial, en la verdad y bien eternos, en lo eterno é infinito?

Por último la verdadera psicología estudia los verdaderos destinos del alma, partiendo de sus naturales aspiraciones; ¿y cuáles son sus aspiraciones? ya lo sabemos; lo inmortal, lo inmutable, lo eterno é infinito.

Concluyamos, pues, afirmando sin temor de ningun género que en lo eterno é infinito se encuentra el destino futuro del alma humana.

Esa es la solución que reclaman todas las ciencias enlazadas en el fondo de nuestra alma; y esa es precisamente la solución, que en su oscuridad nos dá el misterio cristiano del destino, de la vida futura. ¡La vida!: nó la vida fugitiva, nó la vida que pasa, nó la vida que muere; sino la vida que no pasa,

la vida que no muere, la vida eterna plenamente satisfecha en el seno del Eterno y de la vida infinita: ésta es la voz de la ciencia y de la fe; ésta es la voz de la humanidad católica, que canta la gran palabra del destino futuro.

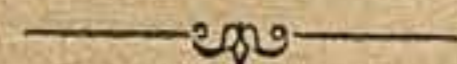
Hé aquí porque nuestra alma se levanta sobre lo terreno y caduco, sobre todo lo humano y visible, y mira siempre lo porvenir; hé aquí la razón de ese deseo inextinguible, de ese deseo, que nada en la tierra puede saciar, del deseo de lo inmortal, de lo eterno é infinito, que siente el alma humana; en una palabra, del deseo de Dios, que ¡ojalá veamos todos plenamente satisfecho en la mansión gloriosa de la Divinidad! Así sea.







### Tercera Conferencia.



**L**o eterno é infinito: hé aquí, señores, el término de los deseos de nuestra alma inmortal; término, que lleva en sí mismo la razón y carácter de firmeza é inmutabilidad; término, que no puede ser medio, porque es fin último; término, que no puede ser premisa, por que es conclusión última; término, que no puede ser relativo, porque es absoluto: conclusión última, fin último, que no conoce ni más lejos, ni más allá, ni de otra manera; que está sobre el tiempo y fuera del alcance de todo límite y frontera.



En lo eterno é infinito, resumidos en una sola cosa, encuentra el alma su destino futuro; y solamente en El puede encontrarlo, ya que El es y puede ser únicamente objeto adecuado de su capacidad. Y lo eterno, real y personal, si no ha de ser una quimera lo que el hombre entiende, lo que el hombre siente y lo que el hombre desea; si no ha de ser una ilusión ¡ilusión cruel é inconcebible!, si no ha de ser un tormento ¡tormento inexplicable, que se convierte en horrenda blasfemia! la tendencia y la marcha universal de la humanidad hácia ese fin, que no se ha de acabar, *finis sine fine*.

En lo eterno é infinito, resumidos en una sola cosa, ha de encontrar el alma humana la vida, que todos buscamos, y que con afán creciente perseguimos; nó la vida fugitiva; nó la vida que pasa; nó la vida que muere; sinó la vida que no pasa; la vida que no muere; la vida eterna y feliz.

Porque en el fondo del humano corazón bulle un deseo poderoso, vehementemente, violento, si se permite la palabra; el deseo de ser feliz: y nó con esta ó la otra felicidad, nó por tanto ó más tiempo, sinó la felicidad completa y duradera; la felicidad que sacie plenamente, y que no se pueda perder; que, como dice el orador latino, es condicion indispensable de la verdadera felicidad que sea siempre duradera é inamisible. Preguntad á los millones de hombres, que nos han precedido en esta vida mortal, desde nuestros primeros padres hasta hoy; interrogad á todos los pueblos, así bárbaros como civilizados; lo mismo á los que han sidó iluminados é ilustrados por la salvadora enseñanza del Evangelio, que á los que tienen la imponderable desgracia de permanecer en las sombras y tinieblas del paganismo; sean católicos ó protestantes, mahometanos ó budhistas, creyentes ó nó creyentes;



preguntadles, ¿cuál es vuestra tendencia? ¿á dónde vais? ¿qué buskais? Y la respuesta unánime, universal, sin la más mínima discrepancia, será: buscamos la felicidad. Es la respuesta de la naturaleza, y la naturaleza es en todos los hombres la misma.

Todos deseamos ser felices, dice San Agustín, y nadie desea ni puede desear ser desdichado: que en lo más íntimo de cada sér, desde el Ángel, que asiste al trono del Altísimo, hasta el mineral, que se oculta en las entrañas de la tierra, existe una tendencia imborrable á la vida sin fin y plenamente dichosa; y nada, ni nadie puede desprenderse, ni renegar de sí mismo: el querubín en la contemplación y goce de la divina belleza, y el mineral en la fuerza de cohesión, sin la cuál se desharía.

Ahora bien, señores; ¿se encuentra semejante felicidad en esta vida llena de miserias, en este mundo, que es triste valle de lágrimas? Escusado me parece

contestar á esta pregunta, por que todos, á una y sin vacilar, respondéis que nó.

Es indudable que algunos se pasean con aparatosa satisfaccion en la rica carroza, que, sonriente y placentera, les brinda la fortuna, y esto no deja de ser una felicidad en la tierra; pero no es la felicidad, porque su corazón continúa inquieto: es indudable que otros descansan, siquiera brevemente, en la molición y los placeres, apurando su dorada copa hasta embriagarse, y esto, con ser tan indigno de la nobleza y exceiencia del hombre, les proporciona alguna felicidad; pero no es la felicidad, porque su corazón continúa inquieto ¡y si quisieran revelarnos el secreto de su alma agitadísima!: no es ménos cierto que muchos vén satisfecho, siquiera parcialmente, su orgullo con las distinciones, honores y preeminencias, que alcanzan en la sociedad, y esto no deja de ser alguna felicidad; pero no es la



felicidad, porque su corazón continúa inquieto, como inquieta es siempre la ambición: también es verdad que la virtud proporciona sosiego al alma y paz al corazón, el único apacible sosiego y la única dulce paz, que puede experimentarse en esta vida, sujeta á constantes trastornos, y esto realmente es una felicidad; pero no es la felicidad, porque todos somos testigos de los quebrantos y amarguras, que nó pocas veces sufre la virtud en este mundo de pecado: es también verdad..... pero, ¿á qué cansarme y molestaros á vosotros? ¿á qué esforzarme en demostrar una verdad clara como la luz del medio día, una verdad que nuestros ojos vén y palpan nuestras manos? ¿Hay alguien por ventura que abrigue ni sombra de duda siquiera de que en esta vida no puede encontrar el hombre su felicidad completa? El amargo llanto de la humanidad sobre sus miserias sin cuento, y el clamoreo que potente se

levanta de lo más íntimo del corazón, expresan por maravillosa manera el profundo cuanto triste convencimiento del género humano.

¿Dónde, podrá encontrarse, pues, esa vida feliz sin mezcla de infortunio, por la que todos y siempre suspiramos? Ya lo sabéis por la conferencia anterior: en lo eterno infinito, como objeto adecuado del alma, según exige la metafísica, según pide la lógica y clama la psicología, despues de haber estudiado la naturaleza de nuestro espíritu y sus más enérgicas, hondas é innatas aspiraciones.

Pero ahora ocurre preguntar y estudiar: serémos todos igualmente felices en el destino futuro? Esta, señores, es una cuestión de suma importancia y de trascendencia suma, cuyo estudio se impone lógicamente, despues haber tratado en las dos conferencias primeras de la inmortalidad del alma humana y su destino futuro.



¿Qué suerte nos espera en aquella vida, que no tendrá fin? ¿Seremos todos felices en la vida futura, en nuestro destino eterno? Créome relevado de encarecer la gravedad, que entrañan estas preguntas; porque salta á la vista, y no puede menos de ocupar la atención de todo hombre, que piensa y reflexione seriamente. Pasemos, pues, á su estudio y resolución, consultando las enseñanzas, siempre elocuentes, de la experiencia, y oyendo la voz de la sana filosofía: afirmando como proposición, que no seremos todos felices en nuestro destino futuro, que no será igual la suerte de nuestras almas en la vida que no ha de tener fin, en la vida de la inmortalidad.

---

Y á la verdad; ¿quién puede negar que en este mundo no tiene sanción cabal y completa el cumplimiento de la ley moral, ni tampoco su infracción? Y cuenta que prescindo ahora de la ley positiva, que bien puede ser incluida; hablo de aquella ley, que el Supremo Hacedor ha grabado en nuestro corazón, de aquella ley que ilustra nuestra mente y dirige nuestra conciencia; de aquella ley que todos conocemos y todos sentimos; de aquella ley que regula nuestras relaciones con el Criador y con las criaturas; de aquella ley que se resume en la sapientísima y universalísima máxima; aborrece el mal y ama el bien.

¿Y no es verdad, ¡triste verdad por cierto! no es verdad que el cumplimiento de esa ley, que el hombre no ha establecido, ni dictado, sinó que se siente inferior á ella y á su soberano Autor, no es verdad que el cumplimiento de esa ley, cuyo origen fuerza es confesar



divino, léjos de ser coronado de aplauso y alabanza en este mundo, y galardonado con el premio, y honrado con justa predilección, es muchísimas veces objeto de vituperio, de persecución y desprecio? ¿Y no es verdad, ¡verdad que arranca lágrimas al alma!, no es verdad que el cumplimiento de esa ley, que á todo hombre proclama su propia conciencia, ha de luchar casi siempre, en este campo inmenso del mundo, verdadero campo de sangre, con la tenacidad invencible de las pasiones, formadas en cuerpo de aguerrido ejército, y conjuradas para la defensa del vicio y de la iniquidad, lucha de la cuál dicho cumplimiento sale con lamentable frecuencia cubierto de ignominia y baldon? Esto es tan claro, señores míos, que no hay más que abrir los ojos, y ver.

Pero en cambio, y por el contrario, ¿quién, sin cerrar los ojos á la luz de la experiencia cotidiana, quién puede negar que hay muchos, innumerables

quebrantadores de la ley moral, que beben la iniquidad como el agua, y á quien el vicio parece tener atados con fuertes cordeles, sobre los cuales la severa justicia no descarga su férrea mano? Vemos que viven los malos, y no sólo viven, sinò que viven en la prosperidad: sus arcas repletas, sus casas seguras, y ellos gozando de serena tranquilidad; nacen sus hijos, crecen, y tambien prosperan; rodeados de su familia y de muchedumbre de amigos, sinceros ò hipócritas, generosos ó interesados, que de todo hay, (buena y mala yerba crece en este campo de la vida) amigos que forman su córte obligada de aduladores, pasan los dias alegres, entre músicas y festines, entre danzas y tertulias. ¿Y al fin de la vida? Pues al fin de la vida tampoco deja de alumbrarles el sol, que alegró sus dias, el sereno sol de la terrenal dicha; y á veces sin verse sometidos á larga y dolorosa enfermedad, sin expiar su cuerpo aquel



exceso de placeres y delicias, á que sin freno ó con ordenada malicia se entregó, sin que su alma se agite visiblemente en las terribles convulsiones de la muerte, bajan al sepulcro rodeados todavía de honores con lujo y elegancia preparados. ¿No es esto lo que ven nuestros ojos? ¿No es esto lo que subleva é irrita muchas veces el sentimiento de justicia de los hombres y de los pueblos, sentimiento que vigoroso, cuanto herido, clama desde lo más hondo de nuestro sér?

¿Y dónde está entónces la severidad de la justicia? ¿Dónde está la sanción completa de la ley moral? No la busquéis en este mundo: no la ha habido, no la hay, ni la habrá. Y sin embargo la conciencia de la humanidad afirma y clama que existe, y decimos con fé y resolución inquebrantables que debe existir, que debe haber una sanción. Es menester, pues, buscarla en otra parte; es menester buscar una justicia,

que supla y enmiende las deficiencias y errores de la justicia de los hombres; es menester un juez incorrupto é incorruptible, que de una manera absoluta y para siempre dé á cada uno lo que le corresponde, segun sus méritos ó deméritos; un juez, á quién dádivas no puedan enriquecer, ni honores elevar, ni amenazas mover: y este juez no puede ser más que el mismo Dios, Quién dice de sí: yo juzgaré á las mismas justicias.

Es claro, pues, de toda claridad; es evidente de toda evidencia que la sanción perfecta, que piden el órden y la justicia, no tiene lugar en este mundo; lo que vemos en este mundo no satisface, ni de mucho, á lo que exige el órden objetivo; luego es bien seguro que se hará justicia en otra vida, donde el alma seguirá viviendo, como hemos visto en las conferencias anteriores, despues de haber salvado las fronteras del tiempo, y se hará, como piden la razón y la



recta filosofía, por un Sér soberano, que tenga providencia de los hombres, inteligente, bueno y justo con inteligencia, bondad y justicia indefectibles.

¿No es esto lógico y consiguiente? Es evidente la necesidad de una sanción perfecta, completa y condigna; una experiencia manifiesta y elocuentísima, cuanto dolorosa, nos está diciendo á voces que no la hay en esta vida: ¿no es, por lo tanto, manera consecuente de razonar, insistir en esta necesidad, y sacar por consecuencia, que de todos modos la habrá, ya que no puede faltar lo necesario? Tan es así, que el mismo patriarca del moderno racionalismo, el celeberrimo filósofo Kant, constreñido por la fuerza ineludible de este razonamiento, lo tomó como punto de inquebrantable firmeza para reconstruir en su «Crítica de la razón práctica» el proceso de su demostración de la existencia de Dios.

Siendo esta doctrina de la más alta

filosofía moral, y la que enseña y dicta la razón, confirmada por la experiencia universal de tiempos, pueblos y países, ya no nos ha de extrañar que en la conciencia de todos esté, más que en las palabras, que el orden y la justicia exigen sean muy diversos los fines del vicio y de la virtud; ó lo que es lo mismo, que no sea igual la suerte de buenos y malos; de aquellos que hollando todos los fueros de la justicia y honestidad, se dejan arrastrar sin freno de los malos ímpetus de las pasiones; y de aquellos que con heróico vencimiento de sí mismos inmolan á menudo como víctimas sus apetitos desordenados en aras de la virtud y del deber: en una palabra, que no serémos todos felices, que no será, ni puede ser igual la suerte de las almas en el destino futuro, que ha de ser su último fin: la razón dicta á todas luces, el orden y la justicia exigen que los malos sean desgraciados y los buenos eternamente dichosos:



Séame permitido, para poner fin á los argumentos aducidos en pró de mi aserto, sacar una prueba, que considero incontrastable, de la duda y temor, que han abrigado, de la incertidumbre en que han vivido sobre la suerte, que nos espera más allá de la tumba, los corifeos y apóstoles de la incredulidad, los que se han distinguido y adquirido triste renombre por su ódio y por el escárnio que han hecho de la fé católica y sus enseñanzas acerca de los premios y castigos de la vida futura; los que han hecho alarde, poco envidiable por cierto, de espíritus fuertes.

Y ante todo bueno será recordar las palabras del filósofo impío y excéptico Bayle sobre estos espíritus llamados fuertes: «Esta mala costumbre, decía, (la de impugnar las verdades más comunes de la Religión) contraída en parte con ayuda de la soberbia, y en parte de la sensualidad, embota el aguijón de las impresiones de la educación,

es decir, amortigua el sentimiento de las verdades, que aprendieron acerca de la Divinidad, de la felicidad, de las penas eternas. Pero esta fé, (os suplico fijéis toda vuestra atención en estas palabras) esta fé no está en ellos muerta; el fuego se encuentra debajo de la ceniza, fuego cuya virtud experimentan, cuando entran dentro de sí mismos, y sobre todo cuando se vén en algun peligro. Entonces se les vé más tímidos que á los demás hombres.» (1)

Así se expresa el filósofo impío: seguramente no lo diría yo mejor, si predicara un sermón de la muerte. ¡Preciosa declaración la de ese hombre! que conocia muy bien, sin duda, á los llamados espíritus fuertes, pues él tambien lo era. Aunque conozcamos el verdadero estado de esos espíritus, dibujado por mano maestra, oigamos ahora sus mismas palabras. Aquel desdichado

---

(1) Diction. Hist. et Crit., Art. Bion.



que fué terror y verdugo de la humanidad, Maximiliano Robespierre, en su Relacion á nombre del comité de salvacion pública, en la sesion del 18 Florido, año segundo, habló en estos términos: «los buenos y los malvados desaparecen de la tierra, pero con diferentes condiciones.... No, Chamette, no: la muerte no es un sueño eterno: es el principio de la inmortalidad:»

Juan Jacobo Rousseau, cuando le preguntaban sobre los castigos de la vida futura solia contestar: «no lo sé.»

El mismísimo Voltaire, tipo acabado de cinismo y desvergüenza, enemigo personal de Jesucristo, blasfemo y escarnecedor sempiterno de la doctrina cristiana, á uno de sus amigos, que dijo haber conseguido la certidumbre de que no hay penas en la otra vida, le contestò con estas expresivas palabras: «¡dichoso tú! ¡Yo estoy todavia muy léjos de eso!»

¿Queréis más? El célebre y desgra-

ciado astrónomo Francisco Arago, incrédulo, como el mismo confesó ingenuamente, por ignorancia de la Religión, dijo poco ántes de su muerte: «es tremendo el problema de lo porvenir, me espanta su profundidad.»

Fácil me seria multiplicar las citas; pero ahí teneis el testimonio irrecusable, en cuanto no puede ser sospechoso, de los que han alcanzado mayor renombre en el mundo por su incredulidad, por su alejamiento sistemático de la Religión y por su ódio sectario á la fé de nuestros padres: y no quiero molestaros, ni abusar por más tiempo de vuestra benevolencia.

Apoyados, pues, en las enseñanzas de la filosofía, en las elocuentes lecciones de una experiencia constante y universal, en lo que dicta la sana razón y exigen el órden y la justicia; y aleccionados además por la terrible incertidumbre, en que se han agitado los portaestandarte de la impiedad, debemos



concluir que no seremos todos felices en la vida de ultratumba, que no será igual la suerte de las almas en su destino futuro, que unos serán desgraciados y otros dichosos, según la sentencia de Jesucristo en el santo Evangelio y la doctrina de la Iglesia católica.

Ahora bien, amados señores míos: ¿no es locura y temeridad la de aquellos, que viven como si después no hubiera premio para los buenos y castigo para los malos? ¿Y no es prudencia muy digna de imitación la de aquellos que, mostrándose verdaderos sábios, reconocen sus errores, á lo ménos en el ocaso de su vida, (aunque debe hacerse pronto y sin demora) y se reconcilian con Dios, temerosos de la estrecha cuenta, que todos debemos dar al supremo Juez?

Pensad, por lo tanto, resolved y obrad como hombres prudentes; pensemos, resolvamos y obremos todos como verdaderos sábios en asunto de tanta, tan excepcional y trascendenta-

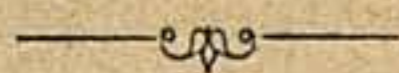
lísima importancia, para que acertemos y aseguremos nuestra dicha inmortal en la futura vida. Así sea.







## Cuarta Conferencia.



**T**RISTE verdad, señores, triste verdad la que nos asegura que no todos seremos felices en la vida futura; triste verdad la que afirma que no será igual la suerte de nuestras almas en la vida de ultratumba; triste verdad la que señala dicha y ventura, infelicidad y desgracia para despues de esta vida mortal; pero verdad, que proclama la más alta filosofía moral; verdad, que alcanza la recta razón, no divorciada de la fe; verdad escrita en nuestra conciencia religiosa; verdad, que exigen el



órden y la justicia, tan profunda y frecuentemente violados en esta vida, como poderosamente reclamados por el sentimiento que anida en nuestro corazón; verdad, que de grado ó por fuerza hánse visto obligados á confesar aún aquellos, que en el mundo de la impiedad han alcanzado mayor renombre, y más se han distinguido por su espíritu de incredulidad, pagando así, y rindiendo homenaje, sin quererlo, á las enseñanzas de la fe católica, cuando en ellos han hablado la naturaleza y la razón.

No seremos todos felices: ¡qué pena causa pensarlo! No será igual la suerte de las almas en el destino futuro: ¡qué angustia experimenta el corazón! Y sin embargo todos estamos íntimamente persuadidos de que ha de ser muy diversa la suerte del bien y del mal, de la virtud y del vicio, de los buenos y de los malos: esta es una verdad de experiencia íntima, más poderosa que la

experiencia externa, porque aquella la siente cada hombre en sí mismo.

Y si los mismos filósofos del positivismo conceden incontrastable valor á lo que atestigua el testimonio de los sentidos, siendo así que el juicio, que en el se quiere fundar, es no raras veces equivocado, por precipitación, poco acierto ó escasa discreción de la inteligencia; es mucho más incontrastable é ineludible el testimonio de la conciencia, cuya voz de superioridad é imperio, como eco de la eterna verdad, nada ni nadie puede completamente apagar.

Esto se manifiesta con elocuencia abrumadora en la actitud, verdaderamente digna de estudio, de todas las personas sensatas, de todos los hombres de sano juicio, de todos los amantes de la justicia é imparcialidad, de todos los que no se muestran esclavos de las viles y degradantes pasiones del odio ó envidia, aun en las cosas huma-



nas. Efectivamente: cuando el corazón no tiene la desgracia de inspirarse en bajos sentimientos, y el alma, convencida de su excelencia y nobleza, sabe levantarse y colocarse muy por encima de la mundanal miseria; al ver premiado el mérito, y galardonada la virtud, y coronado de honor, respetado y aplaudido el saber, y admirado el desprendimiento, y colmado de honores el heroísmo, un grito espontáneo sale del pecho, que proclama y alaba la justicia, diciendo de la persona honrada, distinguida y aclamada: «Bien merecido lo tiene: digna y muy digna es de tales honores.»

Y cuando vé al malvado enaltecido, y al impío exaltado, y respetado el vicio, y escarnecida la virtud, y la verdad abatida, y la justicia hollada, y el error y la impiedad triunfantes, este grito sale del alma poseida de santa indignación: «Esto no puede ser: esto no puede quedar así: ha de venir un día

en que se haga justicia perfecta, un día en que los buenos sean coronados de gloria y los malos cubiertos de ignominia, si la virtud no es un error, y la justicia un mito.»

Y esta voz de la conciencia ha de tener tan cabal cumplimiento como lo tiene la ley de la muerte, á la que nadie puede sustraerse.

¿Y esta suerte ha de ser eterna, para siempre invariable é inmutable?

Sí, señores: por que será efecto de la sentencia final y absolutamente soberana, dictada para cada uno, dándole el premio, ó imponiéndole el castigo, que merezca: los buenos eternamente felices en el cielo. ¡En el cielo!

¡Qué dicha! ¡qué felicidad! ¡qué dulzura y qué placer! ¡La bondad infinita de Dios, la hermosura infinita de Dios, la belleza infinita de Dios, las infinitas delicias de la Divinidad inundando y compenetrando el alma, sumergiéndola en un océano, sin orillas, de gozo y de



placer siempre dulce, siempre puro, siempre santo! La Verdad con todos sus inefables esplendores; el Bien con todos sus atractivos dulcísimos; un cielo de luz y de alegría, que nuestra lengua no sabe, ni puede explicar, ni nuestra inteligencia comprender, será la eterna morada de los buenos en los tabernáculos del Dios vivo.

En esto todos estamos conformes: no hay un sólo corazón que sienta la más mínima repugnancia; no hay una sola alma, que no se enamore de los encantos de la gloria: todos queremos ir al cielo, por que todos deseamos ser felices con la felicidad, que nunca jamás ha de sentir ni experimentar desmayos: el cielo es el blanco de todas las miradas y el objeto de todas las aspiraciones. ¡Ojalá que todos los que nos encontramos ahora en esta bendita casa del Señor podamos abrazarnos en las tiendas de la celestial Sion para gozar juntos de las inefables dulzuras de la gloria, que

ni ojo vió, ni oído oyó, ni corazón humano experimentó en esta tierra de pecado.

Pero sigamos adelante: penetremos en el fondo de la cuestion, abarquémola en sus dos extremos, y preguntemos: ¿las penas de los malos en el destino futuro serán tambien eternas? ¿Así como hay cielo para los buenos, hay también infierno para los malos, para los que tienen la inmensa desgracia de morir sin haberse reconciliado con Dios, segun las enseñanzas de la fé católica?

Sí, amados señores míos, hay infierno: esta verdad de nuestro *credo* es la que me propongo demostrar en la presente conferencia.

=====



¿Existe el infierno, como enseña la Iglesia Católica?

No se dirá que no propongo la cuestión en términos bien claros y precisos: nada de nebulosidades, nada de ambigüedades, nada de ambigüedades: es necesario abordar este punto candente y trascendental sin miedo ni temor de ningún género: la verdad no tiene por qué temer, y no es de hombres serios despreciar el peligro, cuando realmente existe, sinó estudiarlo, y ver la manera de salir incólumes.

¡El infierno! Ya sé, ¿quién no lo sabe? ya sé que la doctrina católica sobre el infierno ha suscitado las burlas, las protestas y las iras de la incredulidad y del libre pensamiento; ya sé que es una cuestión pavorosa, siempre antigua y siempre nueva; ya sé que á la afirmación católica se opone la negación racionalista; ya sé que esta enseñanza irrita á los enemigos del dogma cristiano, quién unas veces por medio de vol-

teriana sátira, y otras por medio de diatribas se desatan contra la Iglesia y sus ministros, y..... vosotros lo sabéis también, al oír la palabra *infierno*, todos claman en seguida y á voz en cuello: ¡ignorancia, mentira, patraña, despotismo clerical y.... otras vaciedades ó sandeces por el estilo, indignas por cierto de la cultura de nuestra sociedad tan enamorada de sí misma.

Pero, señores, decídme francamente: ¿es este modo de razonar? ¿Así se han de tratar las cuestiones de tan excepcional importancia? ¿No merece ser estudiado seriamente un punto, cuya verdad puede sernos eternamente funesta? ¿Por más que yo grite, y chillé, y profiera imprecaciones y dicterios contra la verdad de una cosa, dejará de ser la cosa lo que es? Claro está que no: fuera, pues, palabras gordas; fuera dicterios: respetémonos todos, y hable la razón fría y serena; veamos si la existencia del infierno es una cosa tan



absurda y repugnante, propia de los tiempos del oscurantismo; pero que no puede presentarse á los ojos de la razón ilustrada del siglo diecinueve, ni resistir las luces de la filosofía.

Mas ántes permitidme observar que no debe ser tan impropia de nuestros tiempos de tanta y tan vasta ilustración, cuando sin vacilar la proponemos y enseñamos: hay que confesar, de buen grado ó por fuerza, que es la cuestión de todos los tiempos y de todos los países.

Preguntemos, pues, sin ambages ni rodeos, ¿la pena de los malos en el destino futuro será eterna? lo cuál equivale á preguntar: ¿existe el infierno, como enseña la Iglesia Católica?

Es terrible y horripilante la eternidad de las penas, ¿quién puede negarlo? Los escritores llamados filántropos, que, en extremosensibles y compasivos, se aconsejan del sentimiento y nó de la razón, la representan como inhumana

y cruel, y hasta como injusta é inícuca, contra toda razón y justicia; sus palabras son la expresión del sentimentalismo, nó de la inteligencia.

Nosotros, sin despojarnos de la sensibilidad, ni muchísimo ménos de la compasión, hija natural de la caridad cristiana, que, dicho sea de paso, solo arraiga, crece y produce sabrosísimos frutos de amor en el campo católico, afirmamos que la eternidad de las penas en la vida futura tiene firmísimo apoyo en el dictámen de la sana razón, en la filosofía de buena ley y en el asentimiento general de los pueblos.

En efecto: ¿qué es el infierno? El infierno ó la eternidad de las penas no es otra cosa que la sanción penal, consignada en el código católico para los que tienen la desgracia de entrar en lo eterno é infinito oprimidos por el peso de la infracción de la ley moral. Sobre esto no hay cuestión, ni duda siquiera: es la expresión fiel de la doctrina católica.



Ahora bien, señores: ¿cuáles son los fines primarios de la sanción penal, consignada en los códigos de todos los pueblos? El primero es la restauración, en lo posible, del orden violado por el delito, mediante una justa retribución; el otro, la conservación y seguridad del orden establecido por la ley mediante la amenaza y ejemplaridad del castigo. Este es el pensamiento filosófico-jurídico, que seguramente no rechazará ningún docto y experto tratadista de derecho penal, que se inspire en el bien de la sociedad.

No se me oculta que en nuestros días hay escritores criminalistas, que impugnan esta doctrina; quieren que el fin primario, y aun único y exclusivo, de la sanción penal debe ser la corrección del delincuente, y califican de lujo de crueldad é injusticia todo aquello que no sea necesario ó conducente á este fin, afirmando que esto es más humanitario y filantrópico; y para inte-

resar en favor de esta opinión á sus lectores ú oyentes entonan un himno á la dignidad humana.

Mas cuando se trata de razonar y filosofar; en la región serena de la inteligencia y de la filosofía es preciso desprenderse de humanitarismos y filantropismos; y sin faltar al respeto debido á la humana dignidad, ni al que merecen tales escritores, podemos asegurar que semejante teoría es completamente nueva en la historia de la legislación penal universal, (sus mismos partidarios lo confiesan) y además opuesta al recto sentido filosófico y jurídico. La razón es obvia y contundente: porque según este la pena tiene un carácter no meramente individual, sinó eminentemente público y social.

¿Qué significa sinó el nombre de *vindicta pública*, que siempre ha recibido el ejercicio severo y terrible, pero augusto y majestuoso, de castigar, desempeñado en la sociedad por el hombre,



como ministro, imágen y representación grandiosa de aquel Dios, que, con ser infinitamente bueno y misericordioso, es juntamente el Dios de las venganzas y de la justicia, que dará á cada uno su pago y retribución? Sería una palabra vacía de sentido; empleada y admitida, sin embargo, por toda la humanidad culta é ilustrada.

Los partidarios de la teoría correccional rechazan toda pena, que sea perpétua; y consecuentes, abogan por la abolición de la pena de muerte.

Por esto los Krausistas, generalizando el principio, y aplicándolo á la justicia divina, niegan la pena eterna del pecado.

Respecto de lo primero quiero tan sólo observar que las protestas inoportunas de respeto y amor humanitario, como los ditirambos de la filantropía, no mueven un punto, ni son parte para que el hombre pensador y reflexivo se separe del sentir tradicional de los siglos, que afirma que la corrección del

delincuente, con ser uno de los fines, á que debe mirar la sanción penal, no es más que un fin secundario; porque el bien particular debe posponerse al bien común: y no hay ningun estudiante de derecho que no sepa que el bien común es el fin principal de toda ley. ¿Cuánto menos será, pues, el fin único y exclusivo?

Respecto de lo segundo, veamos si la razón filosófica rechaza como injusta la pena eterna, por ser desproporcionada retribución de la culpa grave. Creo que pocas palabras bastarán para convenceros de lo contrario.

La justicia exige que la gravedad de la pena corresponda á la malicia de la culpa: esto es obvio y elemental; como la excelencia del premio debe corresponder al valor del mérito. ¿Y cuánta es la malicia del pecado?

El pecado, si bien es temporal, y acaso momentáneo, tiene, no obstante, una especie de malicia infinita; puesto



que es injuria hecha por el siervo y la criatura á su Señor, Criador y Legislador, infinito así en la perfeccion, como en el dominio y autoridad, que sobre el hombre tiene.

No otra cosa acontece en la sociedad, cuando se trata de medir y apreciar la malicia de una injuria. La injuria inferida á una persona reviste tanta más gravedad, cuanta más alta es la dignidad de la persona ofendida; y si el injuriado es un monarca, se llama crimen de lesa majestad.

Siendo esto así, ¿quién puede decir con razon que para ofensa de tal naturaleza es injusta é inícua una pena limitada en la intensidad é infinita en la extension? Limitada en la intensidad, porque en este concepto corresponderia el aniquilamiento: pero es atributo natural del alma la inmortalidad, y sabido es, y doctrina corriente que Dios no aniquila las almas. Luego debe ser infinita, ó eterna, en la extensión.

Este argumento, fundado en los principios elementales de justicia, apoyado en el dictámen filosófico de la razón y del sentido comun, es tan apremiante, tan contundente y de tan esplendente claridad, que huelga todo comentario, ampliación y confirmación.

Pasemos, por lo tanto, al segundo fin de la pena, que es retraer á los hombres de la infraccion de la ley con el temor del castigo: tampoco por esta parte se vé la injusticia del infierno.

Permitidme, á este propósito, rendir un tributo de admiración y de cariñoso recuerdo, citando las palabras de un grande amigo mio, insigne controversista, profundo teólogo y pensador como pocos, del que fué famoso Penitenciario de la Iglesia de Toledo, del celebérrimo Manterola, palabras que escribió casi á mi vista.

«Si Dios no castigara con penas eternas, dice el sabio escritor, la ley divina quedaria privada de sanción, y el orden



en el universo sería imposible. Desaparecería todo freno para los crímenes, y todo estímulo para la práctica de la virtud. Libres de todo yugo, tendríamos la horrible libertad de las fieras en el derecho de la fuerza, se desecharía la idea de la justicia como prevención pueril, y el hombre ya no podría vivir en sociedad con otros hombres.» (1)

Efectivamente; reflexionad un momento sobre la terrible, cuanto nociva influencia, que sobre nuestra sensibilidad ejercen los bienes y los placeres de la vida presente; admirad conmigo el poderoso atractivo y fascinador hechizo, con que nos arrastran hácia el mal; ved, y pasmaos, cuán pocos son los que, con heroísmo digno de todo encomio, heroísmo, si bien raro, que nos sorprende y asombra, saben sustraerse á aquella influencia, y despreciar estos atractivos; contemplad el correr de las

(1) Afirmaciones Católicas.

gentes tras insensatas alegrías y criminales deleites; y luego, puesta la mano sobre vuestra conciencia, decidme: ¿una pena, que no fuera eterna, sería bastante freno para contener eficazmente al hombre en el camino de su deber? Si aún muchos de los que tienen fe, y son muchísimos los que la tienen, por más que no lo parezca, y aunque otra cosa digan, si aún con la persuasión de la eternidad de las penas hay tantos hombres que se olvidan de sus más sagrados deberes, quebrantan la ley divina y faltan á los más altos y delicados respetos, ¿qué sería si pudiesen abrigar la esperanza de que los castigos de sus ilícitas y reprobadas satisfacciones, de los crímenes más horribles, de los pecados más enormes habian de tener fin?

Entiéndese perfectamente lo que pide la sábia Providencia del divino Legislador por lo que vemos que pide la de los legisladores humanos. A pesar



de aquella teoría, que se pregona tan humanitaria, todos los legisladores prudentes, todos los publicistas sensatos han creído siempre, y creen también hoy que para apartar á los hombres de ciertos delitos no bastan todas las penas de destierros, de cárceles ó cualesquiera otras, que alguna vez hayan de tener fin, y por esto juzgan necesaria la pena de muerte; la cual una vez aplicada causa un daño irreparable, y en cierto modo eterno; como eterna es y sin remedio la pérdida de la vida temporal y la de todos los bienes, de que priva la muerte.

Por esto decía el incrédulo Senancou: «¿Qué me importa lo que puede tener fin?» Y Rousseau decía á los filósofos de su tiempo: «Vuestra moral es muy bella; pero, ¿donde está su sanción? ¿Qué es lo que habeis puesto en lugar del infierno? Nada; porque el infierno como sanción de la ley moral es irreemplazable.»

Semejantes palabras salidas de la pluma de tan señalados y distinguidos corifeos de la incredulidad á nadie pueden parecer sospechosas, ni menos hijas de la parcialidad en pró del dogma católico. Existe, pues, el infierno; es irreemplazable, según confesión, bien espontánea, por cierto, de los mismos maestros del racionalismo moderno.

Ya que habeis oido las palabras de los doctores del racionalismo, (porque tambien tienen los racionalistas sus doctores, y por más que alardeen de independencia, doblan humildemente sus erguidas cervices ante ellos) dignaos escuchar las de nuestros doctores, y baste por todos Santo Tomás de Aquino. Hé aquí el profundo y hermoso razonamiento del incomparable filósofo católico: «La razon por la cual el pecado acarrea el reato de la pena, es por ser perturbación del orden; pero mientras persevera la causa, persevera tambien el efecto; de lo cual se sigue que en tan-



to dura la violación del órden, es necesario que permanezca tambien el reato de la pena. Ahora bien; puede alguno perturbar el orden, ya de una manera reparable, ya de una manera irreparable. Porque aquel defecto con el cual se destruye el principio, siempre es irreparable; más si se salva á lo menos el principio, pueden repararse con su virtud los otros defectos. Así, por ejemplo, una vez destruido el principio visivo, hácese imposible la recuperacion de la vista, á no ser por la virtud divina; más si quedando en salvo el principio visivo, sobrevienen algunos impedimentos de la vision, pueden estos remediarse por la naturaleza ó por el arte. Pues en cualquiera orden hay algun principio, por medio del cual viene alguno á hacerse participante de aquel órden. De donde se sigue que si por el pecado se ataca al principio del órden, que hace que la voluntad humana se someta á Dios, habrá un desórden, cuanto es de

suyo irreparable, por más que pueda repararse por el poder divino. El principio de este órden es el último fin, con el cual se junta el hombre por la caridad. Y por esto todos aquellos pecados, que apartan al hombre de Dios, robándole la caridad, en cuanto es de sí, acarrearán un reato de pena eterna. » (1)

Veo que esta conferencia se alarga demasiado, y no quiero abusar de vuestra paciencia; en la próxima, que será la última de este año, seguiremos y terminaremos, con el favor divino, el estudio de tan importante y trascendental asunto.



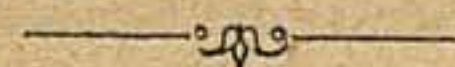

---

(1) Sum. Theol., 1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> q. 87, art. 3.<sup>o</sup>





## Quinta Conferencia.



**C**REO, señores, haber demostrado en la conferencia anterior que la existencia del infierno ó la eternidad de las penas, verdad dogmática y artículo de fé para los hijos de la Iglesia Católica, en nada se opone á la razón filosófica. Por el contrario; la filosofía, la razón, el sentido común y el testimonio de la conciencia deponen en favor de las sapientísimas enseñanzas del catolicismo respecto de los castigos de la vida futura, señalados en el código de la adorable justicia de Dios, para los que tie-



nen la irreparable desgracia de penetrar en los umbrales de la eternidad bajo la pesadumbre del pecado y con la funestísima tenacidad de la impenitencia; y hasta el pensamiento filosófico-jurídico de la sanción de la ley, en general, consignada en los códigos de todos los pueblos, cuyo objeto es restaurar, en lo posible, el orden violado por el delito, y conservar el establecido por medio de la amenaza y ejemplaridad del castigo, es fuente de serias, lógicas y convincentes reflexiones sobre el infierno ó eternidad de las penas, sin la cual quedaría privada de sanción la misma ley divina: quedando así perfecta y admirablemente hermanadas la misericordia sin límites de nuestro Dios con su justicia absolutamente soberana, atributo natural de la Divinidad, como aquella.

Teniendo la verdad del infierno apoyo firmísimo en el dictámen de la recta razón y en la sana filosofía, no me ex-

traña que uno de los más insignes filósofos de nuestro tiempo, el justamente celebrado apologista de la Religión, Augusto Nicolás, empiece el estudio y demostración de esta verdad católica con la resolución y valentía, con la firmeza de convicción, que acusan y patentizan las siguientes palabras:

«Para entrar en materia, dice el sabio francés, empezaremos preguntando al más incrédulo: ¿Estás seguro de que no hay infierno? Si lo estás, tienes una seguridad que nadie pudo alcanzar antes de tí, ni aún los mayores despreciadores de las leyes divinas; una seguridad, que nunca llegó á tener Juan Jacobo Rousseau; seguridad, que no pudo conseguir Diderot, el cual, en un monólogo de su alma, decía: Si abusas de tu razón serás despreciado no solamente en esta vida, sinó también despues de la muerte, en el *infierno*: en la sola duda, debes vivir, como si lo hubiera; una seguridad, por último, que no tuvo



Voltaire, como asegura el marqués de Condorcet, uno de los corifeos de la impiedad francés en el pasado siglo, en la vida, que escribió, del patriarca de Ferney.»

Prueba evidente é irrefragable de esta inseguridad, y de la falsedad de aquella impavidez y despreocupacion, que muchos afectan, y de que algunos hacen alarde, que me permitiréis calificar de necio é insensato, es el hecho elocuentísimo que muchos de vosotros no ignorais, y del cual algunos quizá tengais conocimiento por experiencia propia.

El hecho es que cuando alguno de esos hombres, que, al parecer, pujaban en impiedad, descreimiento y despreocupacion, se halla postrado en el lecho del dolor, cerniéndose sobre su cabeza las siniestras sombras de la muerte, y su lánguida mirada se encuentra con el terrible espectro de la eternidad, sus camaradas y compañeros de irreligión

se apresuran á rodear, y quieren poner cerco á la cama del moribundo, recelosos de que álguien, movido de caridad y amor á su pobrecita alma, intente excitar en el corazón del enfermo el saludable temor de la justicia divina. ¿No lo habeis visto? ¿No lo habeis oido? Pues hay más todavía: y es que existen sociedades, cuyos miembros, llevando á un extremo, que parece inconcebible, su irreligiosidad, se comprometen á morir en la impenitencia, y rechazan anticipadamente los auxilios espirituales aún para la hora tremenda de la muerte; obligándose con terribilísimo juramento, á cumplir y hacer cumplir tan funesto y horripilante compromiso; temerosos, sin duda, de que, despertándose el aguijon de la conciencia ante la proximidad de la cuenta, llame el paciente al ministro de la Religión católica para reconciliar su alma con Dios. ¡Qué crueldad tan espantosa! ¡Qué amigos tan funestos! No se portaria de otro



modo el más encarnizado é irreconciliable enemigo.

Pero, señores, este proceder habla muy alto, y muy claro, y con elocuencia abrumadora: es argumento irrefutable de que en el fondo de la conciencia humana repercute inextinguible el eco de la enseñanza divina sobre el juicio de Dios, y la eternidad de las penas, que esperan al malvado: es una manifestación evidente del asentimiento general de los pueblos á la verdad del infierno, en el cuál descansa también ese terrible dogma de nuestra santa fé, como indiqué en la última conferencia, y hoy me propongo demostrar plenamente.

---

Al tratar del infierno ó eternidad de los castigos de los malos en la vida futura, de la duración sin fin de las penas de los infractores de la ley moral, que tienen la imponderable desgracia de salir de este mundo sin haberse reconciliado con Dios, nos encontramos con una creencia general, aún entre los pueblos gentiles, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y cuya elocuencia no puede ser más abrumadora.

Y á fin de que mis palabras no lleven el menor tinte de parcialidad, que para nada hace falta; y con el objeto de que no puedan inspirar la más leve sombra de sospecha, que con toda mi alma deseo remover, y en todo brille la buena fé y amor á la verdad, no invocaré el testimonio de ningun Santo Padre, ni escritor eclesiástico, puesto que entre ella no hay acerca de este punto capital la más mínima discrepancia, sinó que aduciré el de los mismos impíos y escritores paganos.



Sea el primero el de Voltaire, ya que es el primero en concederlo, lo mismo que la verdad católica del purgatorio.

En sus adiciones á la historia general se expresa en estos términos: «La doctrina de un purgatorio, lo mismo que la de un infierno, data de la más remota antigüedad.»

Otro enemigo acérrimo de nuestra Religión, verdadero gigante de la impiedad, á quien nadie ha sobrepujado en odio á la fé cristiana, y de quien apenas si pueden ser pajes y pobres plagiarios los incrédulos de nuestros dias, el filósofo Celso, decia ya en los primeros tiempos de la Iglesia: «Tienen razón los cristianos, cuando creen que los que viven santamente serán recompensados despues de la muerte, y que los malos padecerán suplicios eternos. Este sentir les es comun con todo el mundo.» (1) No dice, ni afirma otra

---

(1) En Orígenes contra Celso.

cosa ninguno de los apologistas del catolicismo, ni puede afirmar, ni decir más el más entusiasta defensor de nuestro dogma venerando.

Ahora bien, señores: si confesiones semejantes sobre esta verdad trascendental han brotado de la pluma envenenada de los patriarcas de la incredulidad, ¿no es deplorable ceguera, no es verdadera temeridad, insensatez ó locura, querer oponer la voz de unos cuantos, que por muchos que parezcan siempre son pocos, á las voces de la humanidad y al clamor de todos los pueblos? ¿No es triste cosa y paupérrimo argumento contestar á la enseñanza católica y á la tradición de los siglos con una risita, que se hiela en los labios, ó con una burla, que no cuadra, cuando de asuntos tan graves se trata, ó con un sarcasmo, siempre impropio del hombre pensador? Pero sigamos.

Entre los filósofos del gentilismo brilla como estrella de primera magnitud



el genio inmortal de Platon. Pues aquel entendimiento superior, pasmo de todas las edades, mucho ántes que la luz del Evangelio disipara las tinieblas, en que se hallaba envuelta la humanidad, escribió estas sentenciosas y notabilísimas palabras en su Fedon: «Aquellos que por la grandeza de sus crímenes, parecen ser incurables, á saber, los que cometieron muchos y grandes sacrilegios, ó muertes inícuas, ú otras culpas semejantes, todos estos, por justa suerte, son sumergidos en el Tártaro, de donde nunca tendrán salida.» No ofenderé vuestra ilustración diciéndoos que el Tártaro de Platon y de los gentiles corresponde al infierno de la Iglesia Católica.

¿Queréis más? Homero, Hesiodo, Virgilio, Ovidio, Horacio y otros nos describieron el Tártaro y el infierno con todas las galas de su imaginación riquísima, y con toda la belleza maravillosa de su exuberante poesía, dejándonos envuelta en las ficciones de esta y de

la fábula el fondo de una creencia verdadera.

Los reducidos límites de una conferencia me obligan á la brevedad: por esto me concretaré á aducir el testimonio de uno de los distinguidos clásicos de la riquísima y armoniosa lengua del Lacio, al esclarecido poeta Virgilio, entresecando de su incomparable Eneida algunos rasgos de la vivísima descripción del Tártaro, que hacen á nuestro propósito. En su elegante descripción para dar á entender el gran número de condenados al infierno, nos dice que es una mansion grande y espaciosa: *maenia lata*: luego, para manifestar la imposibilidad de que salgan jamás los que han sido sepultados en las tartáreas regiones, dice que aquella tenebrosa morada está rodeada de tres órdenes de murallas; *triplici circumdata muro*: que además una torre altísima y de hierro defiende las puertas, y una Furia, la más cruel de las Furias, que inventó el



paganismo, Tisifone, guarda la entrada, estando siempre en vela; *insomnis noctesque diesque*: que una gran puerta cierra aquellas tristes regiones, y junto á ella se ven columnas de sólido diamante, y tan duro, que ninguna fuerza humana, nicelestial tiene poder para derribarlas, y que á sus piés corre rápido el Hegeton, rio de abrasadoras llamas.

Allí vió el poeta á Ticio, castigado á que un buitre le devore sin cesar con su torvo pico las entrañas, que siempre renacen para ser de nuevo devoradas; y allí vió tambien á Teseo, pagando la pena de sus delitos, y estará siempre en el mismo estado por toda la eternidad; *sedet, æternumque sedebit infelix Theseus*.

Descripciones semejantes á la de Virgilio nos dejaron casi todos los más insignes poetas del gentilismo, dando así testimonio irrecusable de la creencia universal de los pueblos de que hay un lugar para castigo de los malos, donde el estado de los miserables á él conde-

nados no tiene remedio; esto es, de la existencia del infierno y de la eternidad de las penas, que allí se padecen.

No podia la fantasía engalanar con más hermosos, aunque terribles, atavíos la tremenda verdad de la eterna desventura de los malos, ni contribuir la fábula con más vivos colores á la expresión de la realidad.

Si se comparan los bellísimos versos del autor de la Eneida con los no menos bellos del filósofo y teólogo cantor de la Divina Comedia, se verá con asombro que, eliminadas discretamente las ficciones de la fábula gentílica, hay en el fondo del pensamiento una perfecta armonía entre el poeta de la Italia pagana y el de la cristiana; que una misma es la verdad, nervio de aquellas composiciones poéticas, superiores á la acción destructora de los siglos; que uno mismo es el argumento de aquellos versos incomparables, dignos de eterna admiracion: en uno y



en otro la infelicidad de los condenados no tiene esperanza de remedio. En confirmación de esto basta recordar la terrorífica inscripción, que leyó Dante en la entrada de *L' Inferno*.

Per me si va nella citta dolente,  
Per me si va nell' eterno dolore,  
Per me si va tra la perduta gente,

.....  
Lasciate ogni speranza voich' entrate.

De modo que es claro con luz meridiana el asentimiento general de los pueblos á la verdad, para los católicos dogmática de la existencia del infierno y de la eternidad: lo reconocen, mal que les pese, y lo confiesan los mismos corifeos de la incredulidad, y lo atestiguan los más preclaros ingenios del gentilismo, siendo en esto eco fiel de la creencia general de los pueblos en una verdad, cuyos fulgores brillan entre las espesas sombras del error.

Creo que lo dicho bastay sobra para

que veamos que la eternidad de la sancion de la ley moral, ora en cuanto al premio, ora, especialmente, en cuanto à la pena, al mismo tiempo que es un dogma católico, es tambien una verdad que tiene firmísimo apoyo en el dictámen de la recta razón, en la filosofía de buena ley, en el pensamiento filosófico-jurídico de la sancion y en la creencia general de los pueblos.

Tenemos, pues, una sancion perfecta y acomodada á la ley divina; ya sea corona de la virtud, ya sea pena del vicio: como tambien acicate poderoso para estimular á los hombres al cumplimiento de sus deberes y al progreso constante en la justicia y perfeccion. Así que podemos decir con razon que las criaturas, el órden de la naturaleza todo este inmenso libro de la creacion están diciendo al hombre, no solamente. «Da gloria á Dios, porque es tu deber;» sinó tambien: «Dá gloria á Dios, porque asi serás feliz con la posesion



del mismo Bien soberano é infinito.»

Mas á fin de que la explicación, demostración y defensa apoligética de esta verdad, terrible, sí, pero saludable, de nuestra Religión sacrosanta sea cabal y completa, añadiré, por conclusión, otro argumento, el argumento llamado en la Escuela, *ab absurdo*, que no por ser indirecto, es ménos convincente y de menor fuerza.

Y como me lo encuentro hecho y escrito por aventajadísima pluma, por la pluma de un gran ingenio, que á la vez fué un gran santo, tengo á mucha honra repetir sus elocuentes palabras. Son palabras de San Jerónimo, quién discurre de la manera siguiente: «Si al cabo de cuentas y despues de muchos, y aunque sean infinitos siglos, todas las cosas han de ser restauradas, y una ha de venir á ser la dignidad de las criaturas racionales (á fin de que ninguna criatura racional y hecha por Dios perezca) ¿qué distancia habrá entre un

hombre que se ha conservado vírgen y un disoluto? ¿Qué diferencia habrá entre la Madre de Dios y ¡horror causa decirlo! las miserables víctimas de las públicas liviandades? ¿Lo mismo han de llegar á ser el arcángel Gabriel y el diablo? ¿Lo mismo los apóstoles que los demonios? ¿los profetas que los pseudoprofetos? ¿los mártires que los perseguidores? Fínjense los años que se quiera, añádanse tiempos á tiempos, dilátense por infinitas edades los términos; si al cabo el fin de todos es semejante, todo lo pasado se contará por nada, porque no miramos á lo que alguna vez fuimos, sinó á lo que por siempre seremos.»

¿Qué podría yo añadir á tan brillante y persuasivo razonamiento? Si no hubiese infierno eterno, sucedería contra toda conveniencia, contra todo órden, contra toda justicia, que los más perversos y empedernidos criminales gozarian más ó menos tarde, de la mis-



ma dicha que los Santos más inocentes y perfectos. ¿Puede ningun hombre de sano juicio pensar sin horror en igualdad tan opuesta á las justísimas exigencias del vicio y de la virtud?

Réstame solo por conclusion, dedicar una palabra á los partidarios del progreso indefinido, y á los espiritistas modernos, amigos de semejante absurdo progreso. Estos, renovando los sueños de los antiguos pitagóricos y añadiendo nuevas fábulas é hipótesis gratuitas, dicen que el tiempo de expiación y purificación se prolongará indefinidamente despues de la muerte por medio de nuevos nacimientos ó reencarnaciones, y de reiteradas muertes, (que no es otra cosa que la antigua y desacreditada metempsicosis) hasta que por fin todas las almas purificadas de las manchas de sus vicios, lleguen á ser igualmente felices con la posesion del Sumo Bien.

Pero, señores, estos son sueños y delirios: que por la muerte desaparece

la personalidad humana, porque esta personalidad no la constituye el alma sola, ni el cuerpo solo, sinó que resulta de la unión de ambos: y sabido es el axioma filosófico, que dice: toda acción, meritoria ó punible, es del individuo ó de la persona; por consiguiente donde no hay personalidad, no puede haber mérito ni demérito. Sueños y delirios son, contra los cuales protestará siempre y desvanecerá la íntima persuasión que tenemos de la diferencia, que necesariamente debe haber entre los ángeles y los demonios, entre hombres de tan diversas cualidades como Caín y Abel, un Sardanápalo y un Fernando III de Castilla; un Tiberio, mónstruo de liviandad, y un Luis Gonzaga, ángel de pureza.

Basta: me parece que puedo concluir con la palabras del Santo Evangelio: el que tenga orejas de oír, oiga: oiga, y siga sin vacilaciones el camino de la verdad y del bien.



Aquí termino las conferencias en la presente Cuaresma; y, dando una lijera mirada retrospectiva, permitidme recordar que hemos estudiado y visto que nuestra alma sobrevivirá á nuestro cuerpo, que la inmortalidad es atributo natural de nuestra alma; que su destino futuro en la vida de ultra-tumba está en lo eterno é infinito, ya que lo eterno é infinito es el solo objeto adecuado de su capacidad de ver, conocer y amar; que no será, ni puede ser igual la suerte de las almas en su destino futuro, porque nunca jamás el vicio podrá ser equiparado á la virtud; que así como hay un cielo de eterna dicha para los buenos, hay también un infierno de penas eternas para los que tienen la inmensa desgracia de salir de este mundo, sin haberse reconciliado con Dios: que estas verdades al mismo tiempo, que forman parte del credo católico, no sólo no repugnan, sinó que están muy conformes con el dictámen de la recta razón

y con la filosofía de buena ley; y que además tienen firmísimo apoyo, base indestructible en la conciencia de la humanidad y en la creencia general de todos los pueblos, así gentiles como cristianos.

Seamos, pues, hombres cuerdos y prudentes: no despreciemos un verdadero peligro, en el que podemos encontrar nuestra eterna é irreparable desdicha; vivamos cual corresponde á criaturas racionales, hechas á imágen y semejanza del mismo Dios; mostrémonos profunda y amorosamente agradecidos á los innumerables é inapreciables beneficios que sin cesar nos dispensa el Señor, tanto en el órden de la naturaleza, como en el órden de la gracia: no nos apartemos del seguro camino, que nos traza su ley santa y divina, y así aseguraremos para la vida futura, la felicidad, que no tendrá fin, de nuestras almas en el seno del Eterno y Sumo Bien. Así sea.





## ÍNDICE

---

<i>Conferencias.</i>	<i>Pág.</i>
I. Inmortalidad del alma humana.	5
II. Destino futuro del alma humana	27
III. Desigualdad de la suerte de las almas en la vida futura. . . .	47
IV. Verdad del <i>Infierno</i> . . . .	69
V. Sobre el mismo asunto. . . .	93

---

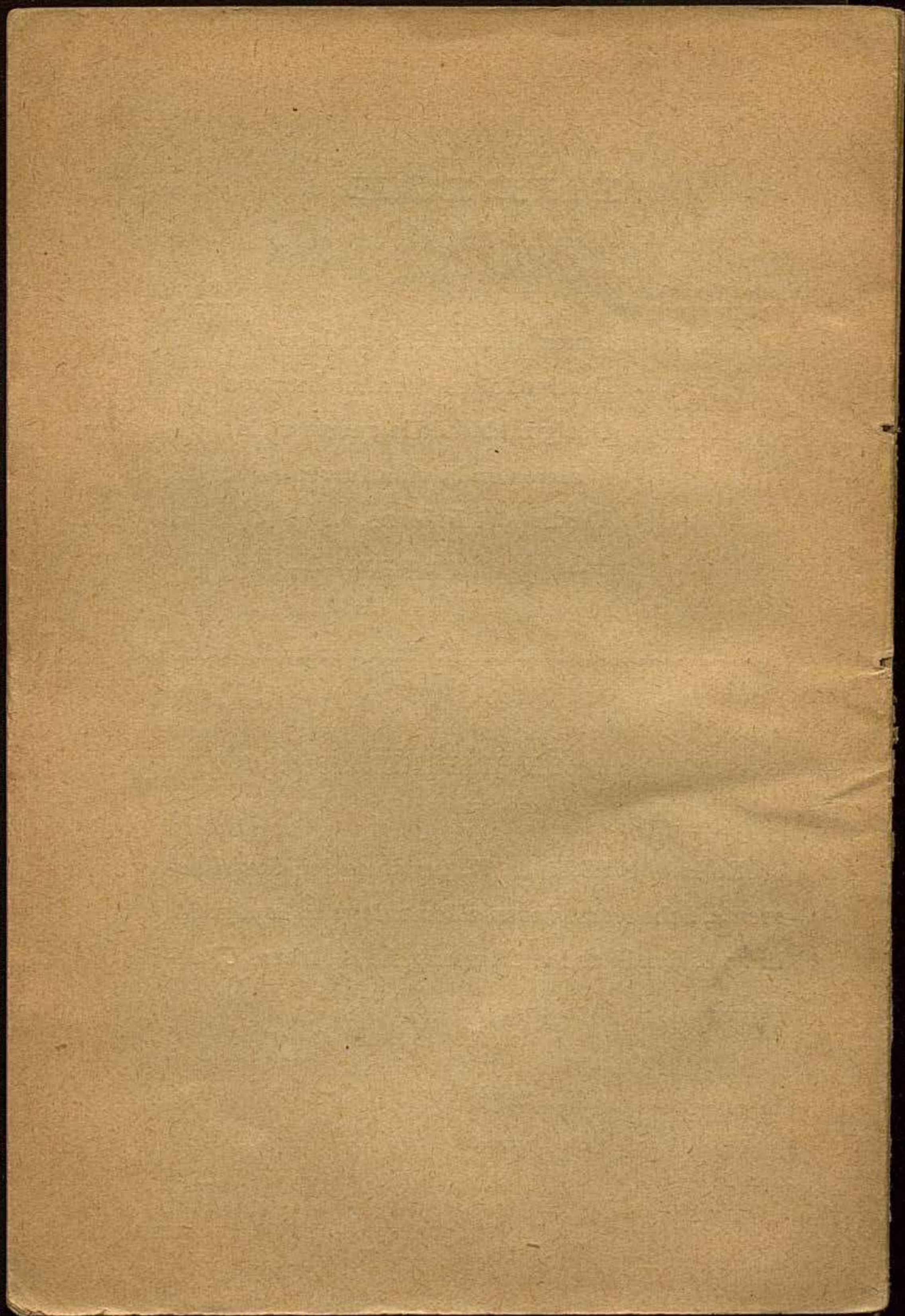
## Advertencia

---

En la pág. 28, línea 17, donde se lee *invisiblemente*, debe leerse *invenciblemente*; y en la pág. 64, línea 8, donde se lee *Chamette*, ha de leerse *Chauvette*.









Cp. V